

El rostro de Dios en la historia

Gustavo Gutiérrez
Javier Iguñiz
Felipe Zegarra
Manuel Díaz Mateos
Jorge Alvarez Calderón
Francisco Chamberlain
Yolanda Díaz
Amparo Huamán
Rolando Ames
Luis Fernando Crespo



cep

Desde la sensibilidad solidaria de Dios con todas las víctimas del sistema se señala un camino al creyente para la integración y la reconstrucción de la familia humana. Por eso la "Opción preferencial" significa que, si queremos construir un mundo fraterno, no sólo no debemos olvidar a los pobres sino que deben ser los primeros a tener en cuenta. Sin ellos, la brecha entre ricos y pobres seguirá agrandándose y la fraternidad estará siempre amenazada. "Opción preferencial" significa también parcializarse hacia un lado para equilibrar la balanza, como lo hace Dios o una madre ante el hijo enfermo. "Opción preferencial" en un mundo de iguales sería injusto y anticristiano. Pero optamos preferencialmente en un mundo de desiguales que ha hecho una clara opción preferencial, en abierta contradicción con la fe cristiana, por los más fuertes y poderosos. Nuestra opción preferencial contribuye al equilibrio, a la igualdad y a la fraternidad, y será la mejor verificación de la verdad de nuestra escucha y de nuestra fidelidad a la fe que profesamos. En esta opción evangélica se juega la verdad de nuestra fe.

Jorge Alvarez Calderón

Seguir y anunciar a Cristo pobre

El siglo XIII y Francisco de Asís

No se puede hablar de la iglesia en el siglo XIII sin hacer referencia a dos testigos que la marcaron cualitativamente: Domingo de Guzmán y Francisco de Asís. El primero, originario de la península ibérica, nació por el año 1170 y murió en 1224; el segundo, unos diez años menor (1180), de la región itálica, murió en 1226, apenas dos años después de Domingo. Las familias religiosas que ambos iniciaron tienen el mismo año de origen, 1220. Nada indica sin embargo que los dos fundadores hubieran tenido relación directa. Pero, aunque muy diferentes en sus intuiciones, la historia los vincula y los ubica como iniciadores de las llamadas órdenes "mendicantes".

Domingo y Francisco, sensibles a los problemas nuevos que planteaba la sociedad de inicios del siglo XIII, fueron por lo tanto también sensibles al reclamo generacional por una auténtica reforma eclesial en el sentido de un regreso a las fuentes, y en particular, a Cristo y al pobre. En todo tiempo, pero sobre todo en

tiempos de crisis, los místicos auténticos son apasionados de Dios y participan por ello apasionadamente no sólo del amor *a* Dios sino del amor apasionado *de* Dios por el mundo por El creado, amado, y salvado. Su misticismo se hace historia, porque, a ejemplo de Jesucristo, viven con hondura el misterio de la encarnación.

Es lo que ocurre con estos dos hombres. Ellos supieron recoger, quizá sin medir cuán perspicaces y oportunos eran, las inquietudes espirituales centrales de su época y las supieron canalizar de manera a alimentar al conjunto de la iglesia. La acogida que tuvieron entre sus contemporáneos es indicio suficiente de que su propuesta respondía a una necesidad sentida. Sólo así se puede explicar el rápido crecimiento de estas nuevas fraternidades: no es casual, en efecto, que a fines del siglo, en el lapso de apenas setenta años, el pequeño grupo inicial de los menores se hubiese multiplicado hasta llegar al increíble número de cuarenta mil hermanos y los dominicos a unos veinte mil... Y eso a pesar de las fuertes crisis ya generadas dentro de las dos jóvenes familias alrededor del tema central de la pobreza.

Este artículo tratará de explicar este fenómeno sorprendente. Quisiéramos ayudar a descubrir el motivo de ese éxito inusitado; aquello que permitió que las intuiciones místicas de esos dos grandes cristianos dieran lugar a movimientos con tanto dinamismo y eficacia transformadoras.

Y para ello será preciso en primer lugar indicar algunos rasgos de esos siglos tan especiales de la edad media para, luego, ubicar en su contexto las nuevas intuiciones y señalar, finalmente, de qué manera y en qué aspectos se puede hablar de "eficacia transformadora" de las opciones en relación a la pobreza que Francisco

y Domingo asumieron con tanta autenticidad. Y eso no sólo en lo que se refiere a una reforma interna de la iglesia sino en las repercusiones para el conjunto social y, muy particularmente, para los pobres de ese siglo. En este artículo nos limitaremos a Francisco de Asís.

I. LOS CAMBIOS EN LOS SIGLOS XII Y XIII ¹

a) Crisis en la sociedad feudal y nuevos rostros de pobres.

Varios siglos se necesitaron para construir la Europa feudal después de las invasiones bárbaras y el desmoronamiento del imperio romano. En ese largo y tormentoso proceso, los siglos XII y XIII pueden representar el final, la época cumbre y de madurez de un tipo de sociedad. El gótico será la expresión artística de ese dominio y armonía logrados. Se puede decir que Europa alcanza en esos años una cierta mayoría de edad.

Pero, como siempre en la historia, los cambios profundos llegan a un tipo de progreso que, por su carácter siempre limitado, genera a su vez, inevitablemente, una serie de graves problemas que no puede ni evitar ni esconder. Al lado del desarrollo de una época, se gesta también, de manera sorda y dolorosa, la crisis que la llevará a su fin y exigirá luego otro cambio, otro orden.

¹ Cf. en AA.VV. *La Pauvreté*, Le Cerf, 1952, muy especialmente el artículo de M. D. Chenu, *La pauvreté mendicante* p. 61 y ss.; también en: Royon, C. y Philibert, R.: *Les pauvres, un défi pour l'église*, Paris, Editions Ouvrières, 1994, 553pp.: los artículos de Bruno Carra de Vaux, *La place des pauvres entre le X et le XIII siècles*, p. 249 y ss.; y del mismo autor *Vers 1100: le nouveau monachisme "érémétique"*, p. 257. M. Mollat, *Movimientos de pobreza y servicio a los pobres en la historia de la iglesia*, en *Concilium* 124 (abril 1977).

En los siglos XII y XIII se nota una verdadera transformación del sistema económico. La sociedad que surgía pasaba de una economía prioritariamente agraria a otra de intercambio. Las vías de comunicación se multiplicaban; los burgos crecían y adquirían fuerza. Por algo las grandes catedrales de la época se ubican en esas nuevas y florecientes ciudades. El dinero, como instrumento de relación económica fue tomando por esos años una importancia nunca antes vista.

Aparecieron con ello nuevos actores sociales, los artesanos y comerciantes con sus respectivos gremios, cuyo dinamismo y pujanza entraba muchas veces en conflicto con los señores tradicionales de la tierra, luchando por su propia autonomía. Ellos devenían en grupos de poder nuevos, sujetos sociales que bregaban por abrirse un espacio, con la energía propia de su carácter reciente. Eso significaba, evidentemente, tensiones nuevas dentro de una sociedad que parecía haber logrado su estabilidad. Los signos de vida en la historia humana siempre están preñados de contradicciones.

No será extraño por lo tanto, que en este contexto, al lado de estos nuevos ricos, hicieran su aparición dramática también, los nuevos pobres. Los ricos estarían ligados cada vez más al dinero, menos a la tierra; los pobres, en cambio, serán por un lado, los sobrantes del campo, que errarán por los nuevos caminos buscando algo para vivir; pero se les encontrará sobre todo, más numerosos y aglomerados que nunca, en esas ciudades que se desarrollaban. Errantes, buscando cómo sobrevivir, mendigos, enfermos, ancianos.

Y no sólo más numerosos, sino también más desvalidos que antes. Pues en el tipo de economía anterior, la relación directa con la naturaleza les pro-

porcionaba al menos ciertas posibilidades, cierto alivio; en cambio, en la ciudad, sin esa relación primaria, la situación era desesperante. Aquí los pobres aparecerán más claramente en contraposición al rico. En épocas anteriores, los pobres era vistos más bien como los débiles en contraposición a los poderosos. En cambio, en la ciudad, la situación es cualitativamente distinta, mucho más dolorosa y además, socialmente mucho más visible.

Todo este contexto iba a influir en la mentalidad de los cristianos en lo que respecta a la manera de ver y tratar a los pobres. Se notó un cambio de actitudes, peligrosas por sus consecuencias. La Europa de la alta edad media no había sido, ni mucho menos, una Europa opulenta. Los accidentes de la naturaleza, las épocas de hambruna o de peste afectaban duramente y desequilibraban a todos los niveles sociales. Había menos distancia entre ricos y pobres. La práctica de la limosna tenía más la característica de un compartir fraterno de los frutos de la tierra. Era un gesto concreto del amor cristiano, una práctica de misericordia -solidaridad elemental llamaríamos hoy- alimentada con la tradicional actitud evangélica que miraba al pobre como imagen de Cristo, en la línea de Mateo 25. Acoger al pobre y al que sufría necesidad, compartir los bienes con el necesitado era acoger a Cristo y comulgar con El ². Esta actitud se había

² Esta manera de ver y de actuar había tenido mucha importancia en los primeros siglos de la iglesia. Los obispos eran vistos en esas épocas como padres de los pobres, y sus casas como lugar de acogida para ellos. El tema es profundo y de raigambre bíblica. Con ello la comunidad cristiana de los primeros siglos fue lugar de defensa, abrigo y dignificación de los pobres. Eso era posible en gran parte por el hecho de que la iglesia de los primeros siglos no estaba ligada al poder y, por ello, estaba en mejores condiciones para ser cercana y buena nueva para los pobres. Tenía libertad para ejercer su función profética. En la

mantenido a lo largo de los siglos, a pesar de los abusos y pecados de la iglesia.

Pero, en los siglos XII y XIII, el desarrollo del uso del dinero trajo varios cambios en situaciones y mentalidades. Por un lado, la diferencia entre pobres y ricos se hacía más grande, puesto que éstos crecían en bonanza y aquéllos aumentaban en número y en miseria. Pero aumentaría también el desprecio hacia los desafortunados y habría cada vez mayor dificultad de ver en ellos la imagen de Cristo; más bien se tendería a verlos como imagen del pecado y sus consecuencias. Ya que la riqueza, al estar menos ligada a los avatares de la naturaleza, aparecía más claramente como fruto del esfuerzo del individuo. Con ello, era casi espontáneo el juicio moral negativo frente al pobre: si éste carecía de dinero era muy probablemente debido a su pereza. Se regresaba así a antiguas actitudes del tipo de las que se ven en el libro de Job, y que por otra parte son tan comunes en toda época y en toda sociedad. Y esto sí llegaba a trastocar cualitativamente las relaciones sociales.

Por otro lado, la práctica de la limosna también empezó a cambiar de modalidad y de carácter. Era menos un compartir los frutos de la tierra en una situación de cierta horizontalidad; tendía más bien a devenir una mera entrega de monedas, diluyéndose así el sentido del compartir. Las diferencias y los desprecios se ahondaban, aunque se mantenía el ropaje de la caridad.

edad media la situación era diferente pues la iglesia era parte del poder... Estaba más lejos de los pobres; era, inclusive, motivo de escándalo para ellos..

b) Crisis eclesial y los pobres

La iglesia sufrirá también de todos estos cambios. Ella, en los años de los siglos críticos del derrumbe del imperio, había tenido un papel de suma importancia como fuerza de resistencia en el caos y como núcleo de reconstrucción de la sociedad nueva. Ella fue también, en gran parte, gestora del orden medieval, marcándolo con espíritu evangélico. Pero en ese proceso, quedó inevitablemente identificada con lo que engendró. Por eso no es falso decir que la iglesia no sólo fue madre de la cristiandad sino también parte integrante y activa de ella. Participó en toda la vida de esa sociedad, inclusive en la riqueza y en las estructuras del poder. Y debido a esa situación, vivió muchos y graves problemas que la afectaron en su vida e imagen.

Diócesis y monasterios tenían en propiedad grandes extensiones de tierra. Obispos y abades eran a menudo señores feudales, parte de la nobleza de la época. El papado no era sólo autoridad religiosa de la cristiandad sino que además dominaba sobre los estados pontificios. La misión espiritual estaba muy ligada a los intereses económicos, a las luchas políticas por el poder. Esta situación, explicable por los complejos procesos de los inicios del medievo, era ya, en la época que estamos tratando, motivo de muchas distorsiones, decadencias y tensiones entre los cristianos.

La llamada reforma gregoriana, iniciada en realidad por León XI (1049) y profundizada por su sucesor, Gregorio VII, fue una iniciativa valiente para poner orden, luchando por la autonomía eclesial con respecto de los príncipes y tratando de poner freno a la inmoralidad reinante en el clero y los monasterios.

Este esfuerzo, muy importante por cierto, no pudo solucionar sin embargo la complejidad existente: había demasiadas costumbres arraigadas e intereses creados. Logró, es verdad, avances en cuanto a la autonomía política de la iglesia, pero los lazos con la riqueza y el poder eran demasiado profundos y difíciles como para extirparlos del todo. En el siglo XIII todavía se vivía serias dificultades y escandalosos contra testimonios. Debido a ello, la vida de la iglesia estaba herida.

Ya en el siglo XI se nota, desde la población, reacciones fuertes contra este estado de cosas. Hay movimientos de retorno radical al evangelio, muchas veces cargados de agresividad y de espíritu contestatario. Se exigía una lectura y una práctica radical del evangelio, "*sine glosa*", es decir, sin interpretaciones justificatorias de la mediocridad o del escándalo.

La devoción a "Cristo pobre" nace en ese contexto. Es clamor por una vida en la verdad. Se sentía la urgencia de recuperar en lo concreto las exigencias de un Señor nacido en un pesebre, muerto en una cruz.. "*Nudus, nudum Christum sequi*" -seguir desnudo al Cristo desnudo-, será lo que expresará esa inquietud de espiritualidad encarnada, en reacción contra un estilo de vivir la fe en la opulencia.

Pero, muy rápido aparecieron diversos grupos que, por su arrastre popular, llegaban a ser verdaderos movimientos religiosos. Recibieron el nombre genérico de "pobres de Cristo". Todos ellos buscaban una fidelidad radical a Cristo pobre pero no todos lograban un engarce adecuado con la comunión eclesial. No era extraño, en efecto, que, al rechazar un estilo de vida del alto clero, llegaran al rechazo de la jerarquía como tal y

de los sacramentos. Ese es el carácter de las herejías que encontramos en el siglo XII³. El malestar generado era por lo tanto grande. Tenía repercusiones peligrosas para el tipo de orden establecido en el que lo social y lo religioso estaban tan entremezclados.

La autoridad tuvo que intervenir, y lo hizo de diferentes maneras. Por un lado, avanzando en la reforma gregoriana iniciada hacía casi 150 años⁴. Otra medida fue la de intensificar la predicación en medio del pueblo, pues la decadencia vivida había descuidado gravemente, y por decenios, este ministerio en regiones enteras. Finalmente, hubo también medidas de tipo represivo. Pues era preciso tanto discernir una propuesta auténtica de otra sectaria y de ruptura, como poner orden a las reacciones espontáneas de la población⁵. Eran éstas, en verdad, épocas sumamente tensas y difíciles.

c) Valdenses y Cátaros

Tenemos que hacer mención especial aquí de dos movimientos de este tipo, los valdenses y los cátaros o

³ En los primeros siglos de la iglesia las herejías estuvieron ligadas a la manera de comprender y transmitir la novedad aportada por el evangelio. Entre los siglos V al XI las herejías fueron rupturas de pequeños grupos con la iglesia. Ahora en cambio, los cuestionamientos tienen como base un problema ético y de autenticidad de vida. Por ello, adquirieron mayor raigambre popular.

⁴ Inocencio III (1198-1216), por ejemplo, se impuso, como uno de los objetivos de su pontificado, ahondar esta reforma.

⁵ Las discusiones eran a veces violentas entre la misma gente. Se sabe de casos de verdaderas batallas al respecto, de sanciones populares sumamente crueles: torturas, pena de la hoguera contra los agitadores, etc. Este es el contexto que dará lugar, más tarde en el siglo XIII, al tribunal de la Inquisición.

albigenses, por su importancia en la época de Francisco y Domingo.

Pedro Valdo, comerciante de la ciudad de Lyon, será unos treinta años mayor que Francisco de Asís. Al enviudar (alrededor de 1170), movido por un fuerte amor a Cristo y al evangelio, deja a sus hijos encargados a una familia de confianza, vende todos sus bienes y empieza una vida itinerante de predicador del evangelio. El texto evangélico que lo inspira es aquél del envío de los 72 discípulos: "...los envió de dos en dos delante de sí...No lleven ni bolsa ni alforja, ni sandalias...permanezcan en la casa comiendo y bebiendo lo que tengan porque el obrero tiene derecho a su salario" (Lc. 10, 1-13). Sigue al pie de la letra, con sus compañeros, esta indicación, y van de pueblo en pueblo como predicadores itinerantes sin equipaje ni seguridades, sólo dependiendo de la acogida de sus auditores. Pedro Valdo fue un apasionado de la Biblia. Logró que se la tradujera del latín en lengua vernácula para poder darla al pueblo sencillo. Tomó en serio, a la letra, el evangelio con un amor grande a Jesucristo y con el deseo de entregarlo lo menos infielmente posible a los pobres y humillados de su época. Su intención no fue de ninguna manera romper con la iglesia. Su deseo era vivir con radicalidad esa dimensión de la "vida apostólica", el anuncio de la Palabra. Inclusive hizo un viaje especial a Roma para obtener ese permiso del Papa, quien accedió exigiéndole sin embargo solicitar siempre a cada ordinario del lugar la debida autorización. Esa cláusula restrictiva fue la que creó los problemas luego. En efecto, los grupitos de predicadores, muy bien acogidos por la población, no fueron siempre bien vistos por obispos y sacerdotes. Las tensiones no tardaron en manifestarse y produjeron la crisis. Algunos valdenses continuaron en comunión con la jerarquía -son los llamados "pobres de Lyon" o

“humillados”-otros en cambio rompieron: fueron considerados herejes ⁶.

Los *cátaros* (del griego: puro) fue, en los inicios del siglo XII, otro movimiento herético de proporciones. Ellos tenían origen oriental (Constantinopla) y venían al mundo occidental, vía Bulgaria, gracias al desarrollo de las vías de comunicación. Tenían una visión dualista, de influencia maniquea. Dios era para ellos el creador del mundo espiritual; Satán el del mundo material. El ser humano era mezcla de lo divino y lo satánico; Cristo era visto, no como hombre sino como el mayor de los ángeles. Para ellos la iglesia católica era una corrupción de la vida cristiana. Este movimiento tenía sin embargo elementos que lo hacían particularmente atrayente: su crítica frontal a la iglesia, su estilo de vida marcado por una fuerte austeridad y vida comunitaria, su organización disciplinada y gran dinamismo misionero. El ritual que empleaban era, por lo demás, muy parecido al católico, lo que favorecía la aceptación por parte de las gentes. El movimiento caló, sobre todo en la región del sur de Francia, en especial en Albi-de ahí el nombre de *albigenses*- donde inclusive el duque de la región se convirtió a la secta.

⁶ Este movimiento tiene lugar alrededor de la época que Francisco nacía en Asís. La influencia valdense, debido a las nuevas vías de comunicación, llegó a varios lugares de Europa. Los historiadores encuentran bases para sospechar, por ejemplo, que el sacerdote que predicó ese mensaje a Francisco, y que tanta influencia tuvo luego para su vocación, era un hombre marcado por la influencia valdense.

II. FRANCISCO DE ASÍS (1181-1226): SEGUIR LAS HUELLAS DE CRISTO POBRE

En este fin de siglo XII, tan lleno de contradicciones y tensiones, nace, en 1181, Francisco en un pueblito de Italia, Asís, burgo similar a tantos otros, en lucha por su autonomía y, además, en conflicto con su competente vecino, Perusa. Era Francisco, hijo de ese nuevo tipo de comerciante rico que hemos mencionado más arriba, especializado en el intercambio de telas que trae de Francia y reparte en el resto de la península itálica. Francisco nace en ese mundo, participa activamente en él, ayudando a su padre en sus negocios y participando de la problemática de su medio, de su ciudad. Se le ve, por ejemplo, en el conflicto de Asís con Perusa, donde, alrededor de 1202-03, a los 21 ó 22 años, cae preso. Es en esa dolorosa situación que empezará para él aquel proceso de conversión que lo marcará para el resto de la vida.

En prisión, Francisco enfermó y se deprimió. Una tristeza muy profunda lo invade; él no logra comprender la causa. Cuando recobra su libertad se encuentra totalmente desubicado, sin norte. Corrían los años de 1205. Es en ese momento que experimenta una transformación, desde su fe. La persona de Jesús se vuelve tiernamente céntrica para él. Pero, en lugar de llevarlo a una espiritualidad intimista, le desarrolla más bien una extraordinaria sensibilidad para con los pobres, los desubicados, los despreciados de su tiempo, en la línea de Mateo 25. En ellos verá, en efecto, la presencia cuestionadora de Jesús, que lo humaniza y le da los términos de una auténtica hermandad, la que debe partir, como Jesús, de esos "menores" y marginados de la sociedad. La apertura a los evangelios y la entrada de Jesús en su vida lo llevará, por un mismo dinamismo, a abrirse al pobre y dejar que éste invada su vida.

El inicio de su Testamento expresa con notable pureza cómo vivió nuestro personaje esa conversión:

“El Señor me dio de esta manera a mí, el hermano Francisco, el comenzar a hacer penitencia; en efecto, como estaba en pecados, me parecía muy amargo ver leprosos. Y el Señor mismo me condujo en medio de ellos y practiqué con ellos la misericordia y, al separarme de los mismos, aquello que me parecía amargo, se me tornó en dulzura de alma y cuerpo; y después de esto, permanecí un poco de tiempo y salí del siglo”.

El don de “hacer penitencia” no es otro que aquello de salir de la inhumana situación de ceguera indiferente, propia de un joven burgués, hacia una delicada sensibilidad por la situación de los sufrientes. Esa nueva luz revitalizadora es lo que Francisco considera regalo del mismo Señor: “El Señor *me dio* de esta manera *a mí*, el hermano Francisco, *el comenzar...*” Era totalmente normal, en efecto, para un joven de su condición sentir “sabor muy amargo” ante los leprosos. Porque malograban el aspecto y el orden de la ciudad: incomodaban. Porque eran repugnantes a la vista, malolientes y gravemente contagiosos.

Desde la nueva luz recibida, Francisco puede calificar su anterior indiferencia y repugnancia como “estar en pecados”. Comprende su cambio como una auténtica liberación por parte de su Señor de aquellas ataduras que le impedían ser cristiano. Toda su vida en efecto cambió: “me dio..a mí..el comenzar”. De la repugnancia y la indiferencia pasó al acercamiento al pobre -“me condujo en medio de ellos”-, es decir, no sólo a visitarlos esporádicamente sino a compartir con ellos todo lo que tenía: “y practiqué con ellos la misericordia”. Además fue liberación humanizadora y generadora de profunda alegría, que deshizo toda su tristeza anterior. Sus senti-

mientos se llenaron de nueva vida -"dulzura de cuerpo"-; su espíritu renació -"dulzura de alma".

El "comenzar" fue un proceso con etapas que se suceden con una lógica interna llena de evangelio y de humanidad. La primera etapa será aquélla de vivir, cada vez con mayor radicalidad, totalmente *para* los pobres. La forma de llevar a cabo la "práctica de la misericordia" se alejará en primer lugar -con la espontaneidad propia de Francisco- de ese dar desde la abundancia, característico de la limosna del rico y acentuado en esos años, como vimos más arriba, con la limosna en moneda. Se ve a Francisco desarrollar una extraordinaria sensibilidad ante el dolor de los pobres, en quienes ve a Cristo sufriendo. Se irá despojando de todo, entregará su manto, lo entregará gradualmente todo, todo lo que le llega a la mano. El episodio conocido del beso al leproso será como la cumbre de su "práctica de misericordia" en esa etapa.

Las dificultades no se dejarán esperar. Su padre es el más afectado y escandalizado. No acepta aquello que le parece irresponsabilidad y locura. Después de muchas discusiones y tentativas de disuasión, exasperado, se dirige finalmente, con Francisco, donde el obispo de la ciudad y lo acusa. Es como el último intento del padre por recuperar a su hijo y colaborador. Ahí tiene lugar el gesto de libertad profética, tan sorprendente como significativo: Francisco, despojándose, entrega toda la ropa a su padre y, desnudo, se abandona en manos de su obispo. Lleva así a la letra el conocido "*nudus, nudum Christum sequi*" -desnudo, seguir al Cristo desnudo-. Gesto de ruptura radical con su situación de hijo de comerciante, de ruptura con el fuero cívico, gesto de liberación para una total libertad para amar -es lo que él indica en el testamento con la expresión "salí del siglo"-.

Será éste el inicio de lo que los estudiosos llaman la segunda etapa del acercamiento de Francisco a los pobres. A partir de ahí ya no sólo vivirá para los pobres sino con los pobres. Asumirá, en efecto, desde ese día el vestido de los ermitaños -signo de su nuevo status social-, e irá realmente a vivir en medio de los pobres, en concreto con los leprosos, sirviéndolos y desviviéndose por ellos, ya no como rico sino con la sencillez no humillante de un hermano más, en solidaridad que dignifica. Su seguimiento a Cristo crucificado le exigió encarnarse así entre los crucificados reales para servirles como hermano. Vivió ese paso como una auténtica liberación, con alegría.

Falta sin embargo el tercer paso, el vivir *como* los pobres. El hecho ocurre alrededor de 1208, en la iglesia de la Porciúncula, cuando Francisco tenía 27 años. Sus biógrafos cuentan cómo una mañana, al escuchar al sacerdote explicar en la homilía el texto de Mateo 10 sobre el envío en misión de los doce, Francisco quedó cuestionado y por ello, fue luego a hablar con el sacerdote. Su biógrafo, Celano, narra:

"Como el sacerdote le fuese explicando todo ordenadamente, al oír Francisco que los discípulos de Cristo no debían poseer ni oro, ni plata, ni dinero, ni llevar para el camino alforja, ni bolsa, ni pan, ni bastón, ni tener calzado, ni dos túnicas sino predicar el Reino de Dios y la penitencia, al instante, saltando de gozo, lleno del Espíritu del Señor exclamó: '¡Esto es lo que yo quiero, esto es lo que yo busco, esto es lo que en lo más íntimo del corazón anhelo poner en práctica!'" (I Celano, 9).

El texto de Mateo 10 da norte definitivo a la vida de Francisco. Tratará de seguir a Jesucristo viviendo el evangelio "*sine glosa*", en total pobreza e identificado

con los pobres. Esa será también para Francisco la opción fundamental de su familia religiosa. El texto de la primera Regla nos lo expresará con toda claridad⁷:

"Esta es la regla y vida de los hermanos: vivir en la obediencia, en castidad y sin nada propio⁸ y seguir la doctrina y las huellas de nuestro Señor Jesucristo, el cual dice: 'si quieres ser perfecto, vete y vende todas las cosas que tienes y dáselas a los pobres, y tendrás un tesoro en el cielo; y ven y sígueme' (Mt. 19, 21). Y también: 'Si alguno quiere venir en pos de mí, niéguese a sí mismo y tome su cruz y sígame' (Mt. 16, 24). Asimismo: 'Si alguno quiere venir en pos de mí y no odia padre y madre, mujer e hijos y hermanos y hermanas, y hasta su propia vida, no puede ser discípulo mío' (Lc. 14, 26). Y: 'todo el que haya abandonado padre o madre, hermano o hermanas, mujer o hijos, casas o campos, por mi causa, recibirá cien veces más y poseerá la vida eterna' (Mt. 19, 29; Mc 10, 29; Lc 18, 29)." (I Regla, Cap. I).

La intención de Francisco es clara y la hemos resaltado con los subrayados: seguir la doctrina y las huellas de Cristo, nada más y nada menos. La finalidad de la familia del "Poverello" es simple y llanamente seguir a Cristo, identificarse con El. Es asumir de veras la vida evangélica. Y la lista de textos evangélicos, puestos uno tras otro, sin comentario, indican con claridad su objetivo.

Los medios que pone son diáfanos: el acto inicial será el despojo solidario radical -"vende todo y dáselo a los

⁷ El texto de la I Regla es el de redacción más libre y espontánea de Francisco, antes que tuvieran lugar las tensiones de la primera generación franciscana y por lo tanto, antes también de las exigencias que le puso luego Roma.

⁸ Este inciso era exigido por la Santa Sede para las reglas de toda familia religiosa; no es por lo tanto específico de la intuición de Francisco.

pobres- para poder seguir al Señor en libertad. Pero es necesario precisar. En efecto, la vida monacal de la época también era "sin nada propio". Pero ahí, la pobreza individual del monje quedaba altamente compensada con la inocultable seguridad y escandalosa riqueza comunitaria. Francisco buscará muy conscientemente no sólo una pobreza individual, exigirá también la pobreza comunitaria; ubicará a su familia religiosa de manera muy precisa en el lugar social y la situación de los pobres de su época, inclusive en la forma de ganarse la vida⁹.

Las inquietudes e intuiciones que agitan el espíritu de Francisco no son distintas a las de su época. Hemos podido ver, por ejemplo, cómo treinta años antes, Valdo fue movido por una similar preocupación. Sin embargo, la hondura y pureza del pobre de Asís logró algo que otros no habían podido obtener: la aceptación plena por parte de la autoridad eclesial. Es lo que en forma diáfana y sencilla él recuerda en su testamento: "Y yo lo hice escribir en pocas palabras y el señor Papa me lo confirmó".

⁹ El candidato a la familia franciscana debía iniciar un proceso de despojo radical de sus bienes -"anda y vende todo"- antes de ser aceptado en la familia; pero, además, los miembros de ésta debían velar por mantener comunitariamente eso que algunos autores llaman la actitud de *radical no-apropiación*, es decir, la voluntad de quedarse como una real fraternidad pobre. Francisco no deseaba repetir la experiencia de los monasterios. Para ello, entre otras medidas, los hermanos vivirían como los pobres y no tendrían derecho a recibir donaciones o herencias. Trabajarían en los trabajos de pobres y vivirían de lo que obtuvieran en retribución por sus labores, excepto dinero. Y, "cuando sea menester vayan por limosna como los otros pobres" (I Regla, 7).

La genialidad espiritual de Francisco permitió que, finalmente, lo mejor de las inquietudes de su época lograran ser acogidas y entregadas para enriquecimiento del conjunto de la iglesia. Este hombre aparece así como la cumbre de un importante y muchas veces doloroso movimiento de retorno al evangelio comenzado muchos años antes.

Nos puede extrañar quizás el no encontrar en su obra ninguna palabra explícita en contra de las injusticias de su época. Su profecía no es igual a la de los padres de la iglesia. El contexto era diferente. El gran escándalo lo constituía la riqueza de la iglesia. Y eso que había graves insensibilidades, graves pecados de abuso dentro de la cristiandad de la época. Francisco no expresa ninguna crítica a ese estado de cosas. Más aún, él considera que tal crítica podría expresar una cierta soberbia espiritual ¹⁰.

Pero, en cambio, sí rompe de facto con su status social adoptando resueltamente el de los "menores" de la sociedad. Tendrá además, textos muy fuertes contra la atracción irracional que produce el dinero ¹¹. Al hacer

¹⁰ La actitud de Francisco, diferente en este aspecto de los grupos pauperísticos, no es de crítica verbal ni contra la iglesia ni contra las clases sociales más altas. No por falta de lucidez, ciertamente. Se comprende esto en el contexto convulsionado de la época. Excluyó, más bien por temperamento, todo tipo de polémica contra las estructuras. El sólo reclamó un espacio dentro de la iglesia para vivir su experiencia.

¹¹ Los escritos de Francisco muestran claramente su aversión al dinero. Intuye, a partir de su experiencia, lo tentador que es, lo distorsionador de las relaciones sociales. Es lo que, siglos más tarde, se llamará el fetichismo del dinero.

La primera regla abunda en recomendaciones sobre el particular: el aspirante, antes de ingresar debe deshacerse de todo bien, y nadie en la comunidad debe "entrometerse" en el proceso para no tener que mezclarse con asuntos de dinero; no se puede recibir dinero "ni por

eso, Francisco cuestionaba y denunciaba con hechos la injusticia inherente de la sociedad mercantil de su época. Ese fue su actuar profético.

Me atrevo a decir que el proceso vivido por este hombre fue profético y significativo justamente por encarnar en su proceso personal el camino que le quedaba por recorrer a la iglesia en su propia reforma. Ella debía en efecto empobrecerse como Francisco, para liberarse a sí misma y así redescubrir a su Señor ubicándose mejor en el lugar social por El escogido. Ella debía empobrecerse también para realizar adecuadamente su misión de ser buena nueva para los pobres y encontrar la autoridad moral y la libertad espiritual para hablar de nuevo, como lo hicieron los padres de la iglesia, de la situación de los pobres a la sociedad de ese siglo ¹².

Podemos medir quizás las características proféticas de la intuición de Francisco tanto por la inmensa simpatía y atracción que generó en la gente de su generación, como por las dificultades encontradas para continuar la intuición primitiva. La compleja y dolorosa historia del llamado franciscanismo está ahí para indicarnos cuán difícil fue, y es, para la iglesia vivir de veras el evangelio.

sí mismos ni por intermediarios"; no es permitido recibir paga en dinero (I regla caps. 2 y 7) Y terminará, en forma clara y contundente:

"Porque no debemos tener en más ni considerar más provechosos los dineros y la pecunia que las piedras, y el diablo quiere cegar a quienes los codician y estiman más que las piedras. Guardémonos, por lo tanto, los que hemos dejado todo, de perder, por tan poquita cosa, el Reino de los cielos." (I Regla cap. 8, 3-5).

¹² Francisco vivió la opción por la pobreza como una liberación de las trabas que le impedían asemejarse al Señor y a sus hermanos, los considerados "menores". Es el sentido del "Saludo a las virtudes": "...Señora santa pobreza, ¡el Señor te salve con tu hermana la santa humildad!..La santa pobreza confunde a la codicia y a la avaricia y las preocupaciones de este siglo. La santa humildad confunde a la soberbia y a todos los mundanos, y todo lo mundano..."